

Pensar para no ser programados

La inteligencia artificial ha tenido un avance más que significativo en estos últimos años. Lo que hace poco parecía ciencia ficción, hoy en día es parte de nuestra realidad. Sabemos que la IA es una gran herramienta, permitiéndonos realizar un sinfín de cosas, como reconocer rostros, traducir idiomas, escribir textos, diagnosticar enfermedades, organizar datos, etc. Gracias a ella se ha logrado una mayor accesibilidad, nuevas oportunidades en la educación y más eficiencia en los procesos.

Sin embargo, a medida que la tecnología crece, también crecen sus riesgos. Las mismas herramientas que nos acercan hacia el conocimiento pueden volverse también en un arma de dependencia y comodidad. Usar la inteligencia artificial como apoyo puede ser positivo, pero confiar en ella hasta tal punto de no poder pensar por nosotros mismos es un peligro.

Nosotros, los **estudiantes de sexto año de la Escuela Pública Bilingüe Digital Mahatma Gandhi**, alzamos la voz en este manifiesto. Buscamos reflexionar sobre la dependencia silenciosa, el mal uso y la pérdida de nuestra soberanía humana. No queremos una tecnología que piense por nosotros, sino una que nos acompañe y nos sirva de herramienta sin reemplazar nuestra voz.

Cada vez que dejamos que una máquina resuelva por nosotros, cedemos parte de nuestra autonomía. Cuanto más recurrimos a la IA para responder, decidir, crear, menos ejercitamos nuestra propia mente. Al preguntarnos “¿qué piensa la IA por mí?” en lugar de “¿qué pienso yo?”, poco a poco vamos perdiendo terreno en nuestra propia mente.

En el día a día vemos cómo esto sucede sin darnos cuenta. ¿Quién no usa IA hoy en día? Según el Instituto Universitario para el Desarrollo Productivo y Tecnológico Empresarial de la Argentina, el 92 % de los estudiantes afirma utilizar herramientas de inteligencia artificial para estudiar. Las máquinas están presentes en nuestras rutinas: asistente virtual, correctores automáticos, buscadores inteligentes. Se vuelven compañías silenciosas, dispuestas a contestar nuestras dudas. Pero si dejamos de cuestionar, si dejamos de dudar, estamos abandonando nuestra libertad.

Asimismo, esta dependencia puede portar consigo los sesgos que cargan los datos. Los algoritmos no siempre son neutrales: a veces reflejan privilegios, prejuicios o vacíos de quienes los programan. Si no sabemos con claridad qué datos se utilizan y qué criterios se priorizan, corremos el riesgo de aceptar como objetiva una respuesta que en realidad no lo es.

¿Quién selecciona qué datos incluir? ¿Quién decide qué es relevante y qué queda afuera? Si no conocemos quién programa la IA, ni su lógica interna, abrimos la puerta a manipulaciones. Además están los vacíos legales: si la IA falla, ¿quién responde? ¿El programador? ¿El gobierno? ¿La empresa que la diseñó?

En algunos países ya se experimenta con IA en puestos gubernamentales. El caso de Albania, presentó a Diella, una ministra creada con IA que tomará decisiones estatales en contratación pública. Una máquina gobernando sin rostro humano. Esa decisión puede ser eficiente y libre de corrupción personal, pero también nos incita a preguntarnos: ¿Quién controla a Diella? ¿Qué sucede si su algoritmo falla o si los datos se alteran? ¿Quién responde por sus consecuencias?

La inteligencia artificial no puede convertirse en quien gobierne nuestras decisiones: su lugar debe ser el de una herramienta que nos apoye con información. Una máquina no tiene conciencia ni responsabilidad, por eso necesita siempre de la supervisión humana. Si la IA hereda los sesgos de sus programadores, corremos el riesgo de que se repita y amplifiquen desigualdades. Por eso es necesario exigir normas claras, límites éticos firmes y responsables visibles que respondan por cada decisión.

Creemos que la IA puede y debe ser útil en el gobierno como agente de apoyo, no como gobernante. Que nos ayude a pensar, organizar, procesar información, pero nunca a sustituir nuestra capacidad de decidir. Soñamos con una IA que nos acompañe en la educación, que facilite la justicia, que elimine prejuicios, pero siempre bajo la mirada y la decisión de los seres humanos

Imaginemos un mundo en que dejamos de pensar, en que las máquinas dictan nuestras decisiones antes que nosotros. Un mundo donde las preguntas válidas sean pocas, y las respuestas las provengan de sistemas preprogramados. Ese futuro es una posibilidad hoy.

Pero podemos detenernos, alzar nuestra voz y decir: "No seré programado, yo pensaré." Debemos exigir que la IA esté al servicio de las personas, con transparencia, con justicia, con ética. Debemos reclamar mecanismos de control, auditores humanos, derechos legales para saber y cuestionar.

Aún no es tarde. Este es el momento, nuestro momento de recordar que pensar nos pertenece. Aunque las máquinas avancen, nuestra capacidad de pensar y de elegir puede crecer mucho más.

Pensar es nuestra libertad, y esa libertad no se programa, se defiende y se ejerce juntos, de esta manera pensaremos para no ser pensados.

Pamela Pamela Casini.

Braian Nievas

~~Lara Jofre~~ Lara Jofré

~~Agustina~~ Agustina Rivera

Camila Torres

~~Agustina~~ Agustina Rivera

~~Lucia~~ Lucia Gatica

Emiliano Pacheco

~~Tomas~~ Tomás Sosa

6º Año

~~Ludmila~~ Ludmila Lucero

U/D

Martíniano Molano

EPBD Mahatma Gandhi

~~Milena~~ Milena Lucero

Santiago Fornas

~~Santiago~~ Santiago Ponce

~~Benjamin~~ Benjamin Vasques.

~~Giovanna~~ Giovanna Juramirsky

~~Santiago~~ Santiago Carlos Becerra